

servado en los niños. En mi tiempo no se acostumbraba entrar al edificio de la escuela sino unos veinte segundos antes de las nueve. Hasta esa hora los muchachos permanecían en el patio de la escuela y se divertían en luchar. Estos chicos, sin embargo, parecían ansiosos de comenzar sus labores en el interior.

—Ven a ver mis herramientas, papá,—me instó el chico. Me dirigí, por lo tanto, a examinar su banco de carpintero donde aparecía un barco en construcción. Luego, como era tiempo de que él entrara a clase, nos separamos, y fui yo con una de las maestras a recorrer la escuela. Sin detenerme en descripción detallada, permitidme mencionar unas cuantas cosas que impresionaron mi atención, pequeñas escenas que, reunidas, dan idea del conjunto del panorama.

Unos doce chiquillos de tres años se divertían de varios modos en la azotea, principalmente resbalando por una tabla inclinada, mientras una de las maestras vigilaba el juego.

—No parece que usted les estorbara mucho,—dije a la maestra.

—¡Oh, no!—respondió ella, riendo.—No intervengo en sus juegos, a menos que sea en casos de intensa emoción o de injusticia social.

#### UN MILAGRO

La definición me dejó perplejo un momento; pero, observando a los muchachos, noté que un robusto chico, resbalándose en la tabla, golpeaba con sus pies la cabeza de otra rolliza chiquilla que le precedía en el deslizamiento.

—¿Cómo califica usted eso?—pregunté.—¿Se trata ahora de intensa emoción o de injusticia social?

—Esto es injusticia social,—replicó sonriente. Dió una palmada y, reuniendo a los niños en torno suyo, los arengó brevemente sobre el tema del comportamiento de Freddie hacia Mary. Los muchachos escucharon con gravedad de senadores. Cinco minutos más tarde, Louise, que escalaba una tabla para subirse encima de un cajón, sufrió un accidente. Resbaló la tabla, y ella cayó de plano sobre su estómago. Me dispuse a retirarme; adivinaba lo que iba a seguir. Indudablemente la maestra preguntaría a la niña: «¿Se ha golpeado la pobrecita su barriguita?» Y la chica lloraría a gritos hasta que la consolaran con algún privilegio especial. Pero me equivoqué en mis suposiciones.

—Louise,—dijo la maestra,—hay que ser valiente, una niña valiente. Los niños valientes ríen cuando se golpean.—Y Louise, chiquilla de tres años, después de un par de sollozos, enjugó sus lágrimas, sonriendo con patético pero triunfante esfuerzo. Reunió de nuevo la maestra a los niños en torno suyo, explicándoles que cuando uno se encarama arrastrándose sobre el estómago por una tabla inclinada, debe cuidar primero de que el extremo de la tabla se extienda a distancia segura sobre el margen del cajón que la sostiene. La expresión del semblante de los chicos era digna de estudio; podía descu-

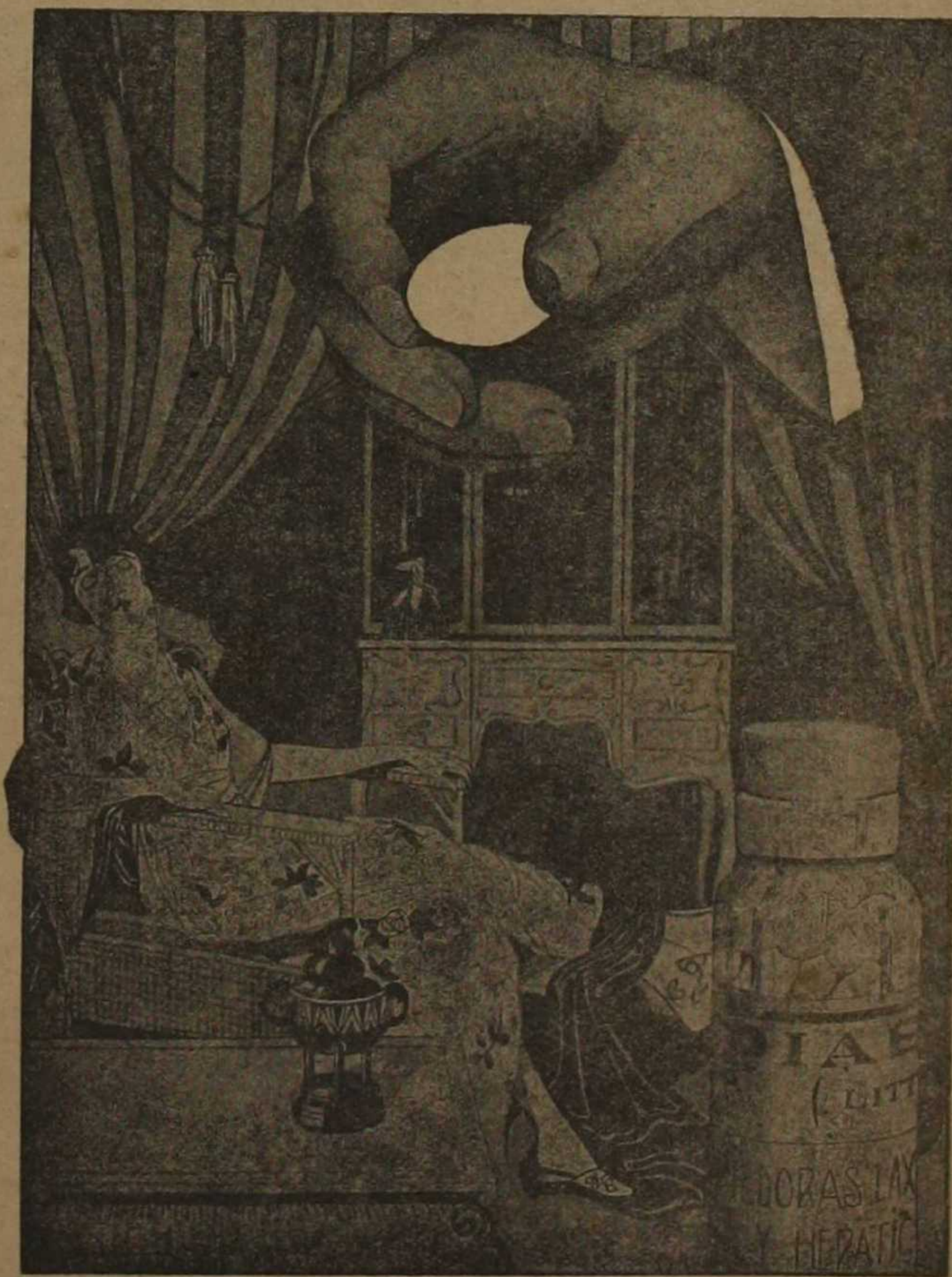
birse claramente cómo trabajaba su mente con la gran idea elemental de que los accidentes y magulladuras no sobrevienen por sí mismos, sino a causa de algo que nosotros hacemos o dejamos de hacer.

De la clase de niños de tres años pasé a la de cuatro años. No se encontraban éstos por el momento en la sala de estudio; habían salido a examinar un edificio cercano en construcción. Escuché cómo la maestra, con preguntas adecuadas, hizo que los chiquillos le dijeran la razón de que, si se quiere levantar un edificio, es necesario ante todo excavar el sitio; y de dónde vienen las piedras y el hierro, y los ladrillos y la madera. Había en el grupo una chiquilla que durante todo el año escolar apenas si había abierto la boca: una chica concentrada, que parecía un ratoncito, y cuya mente estaba aún tan envuelta y falta de uso como el día en que

nació. Observaba yo su rostro mientras las preguntas y respuestas se cruzaban, y presencié un milagro. Vi cómo una mente comenzaba por primera vez a funcionar. Adelantóse tímidamente, y tirando del vestido a la maestra, exclamó: «Lo que yo quisiera saber es cómo los trajes van a las tiendas».

Quizá os parecerá esto un trivial ejemplo de curiosidad infantil, pero si os detenéis a pensar un momento comprenderéis su significación. Era una mentalidad de cuatro años que daba el primer paso en la vía que conduce al progreso continuo. A los cuatro años llegaba aquella niña, por su propio esfuerzo, al gran descubrimiento de que todo hecho en la vida tiene una causa; que solamente es posible comprender la vida razonando retrospectivamente hasta el por qué de las cosas. Este descubrimiento representa una educación; una vez percibido, la mente lo

## Para la biliosidad



# DIABLITOS